

**Domingo de Pascua**  
**Catedral de Chillán, 5 de abril de 2026**

¡Vamos también nosotros al Sepulcro esta mañana de Pascua!

Contemplemos a María Magdalena llegando al lugar apresuradamente. No ve lo que busca porque está muy triste y desilusionada: no encuentra el “cuerpo” de su amado Rabí. Sólo tiene ojos para su dolor por el amado Maestro hace poco enterrado, su Señor que en la cruz fue arrancado de la vida. Sólo ve la gran piedra volcada y nada más. Por su preocupación, ni siquiera entra en el sepulcro. Desesperada corre hacia Pedro y el otro discípulo para contarles lo que cree que ha sucedido: “Se llevaron al Señor del sepulcro y no sabemos dónde lo pusieron”.

Querida Magdalena, te equivocas. Ningún ser de este mundo se ha llevado al Señor y lo ha portado quién sabe dónde. Fue su Padre quien lo resucitó de entre los muertos. Jesús está cerca de ti ahora, querida hermana.

En efecto, resucitado, Jesús está cerca de todos los hombres y mujeres, de ti y de mí, ofreciéndonos a cada uno de nosotros en particular: Juan, Carolina, Francisco... El don de su vida inmortal implica participar de su filiación divina personalmente.

En una cosa, querida María Magdalena, tus palabras no te traicionan, porque tu intuición no se equivoca: no dices que se llevaron el “cuerpo” -sobre el que querías llorar-, sino que a “tu Señor” –intuyes que está vivo—, aunque tus ojos todavía no estén abiertos del todo a la fe.

Y ustedes, queridos Pedro y discípulo amado, corren inmediatamente a comprobar lo que han oído, porque los invade la misma intuición de Magdalena. Sin embargo, quizás buscaban a un hombre muerto. pero no lo encontraron.

Cristo está vivo y para encontrarlo es preciso recibir los ojos de la fe.

En efecto, Juan corraste, llegaste primero y desde fuera observaste las vendas en el suelo. Después llegaste, tú, Pedro, y entraste en el sepulcro, viste las vendas y también el sudario doblado “en un lugar aparte”. A pesar de todo, aún tú, querido Pedro, permaneciste en la oscuridad, sin ver la profundidad de lo que había y estaba sucediendo, porque “todavía no habías entendido la Escritura, que tenía que resucitar de entre los muertos”.

El don de la fe se concederá primero al otro discípulo, “al que Jesús amaba”. Esperó a que Pedro entrara primero y, sólo después, entró y vio. ¿Qué viste de tan especial, amado discípulo?

Nada, lo mismo que la Magdalena y Pedro pudieron ver antes de mí: el sepulcro vacío y dentro sólo las vendas en el suelo y el sudario doblado en otro lugar. No vi

nada más, pero inmediatamente creí que Jesús vive, porque resucitó de entre los muertos; es ‘él es el Señor’ que vive para siempre”.

¿Por qué?

Porque siempre experimenté el amor del Señor, desde que me llamó en el lago hasta que a los pies de su cruz me confió a su madre María. De verdad, solo de su amor proviene el don de la fe: “Él me amó y dio su vida por mí...” (cf. Ga 2,20).

Este mismo don nos lo ofrece el Señor siempre y en cada circunstancia de nuestra vida. Nos lo ofreció de un modo particular el día de nuestro bautismo que hoy renovamos. No hay otra explicación sino su inmenso amor que es, al mismo tiempo, manifestación humana del amor eterno del Padre por cada uno de nosotros, que derramó en nuestros corazones con el Espíritu Santo ese mismo día, haciendo de nosotros sus amados hijos e hijas en Cristo (cf. Rm 5,5).

¿Para qué?

Para que busquemos “los bienes del cielo donde Cristo está sentado a la derecha de Dios”. Y los encontramos cuando amamos desinteresadamente, en especial en el servicio humilde a todos, comenzando por los pobres, los descartados, los enfermos, los olvidados...

Con María Santísima, con San José y todos los santos, demos gloria al Señor Jesús, resucitado de entre los muertos y exaltado a la diestra del Padre por los siglos de los siglos. Amén.

Amén.

+ Andrés Gabriel Ferrada Moreira  
*Arzobispo-Obispo de Chillán*